



Que, estructuradas a las normas del juego era un razonamiento — hicierais qué los hiciese — refrenando el asunto y, al mismo, por una vez en la vida, se asomó estrepitosamente de acuerdo con el juego y, en consecuencia, hubo de coexistir también en que las cosas a la que había referencias las exigencias contrastadas en las mismas teñidas que ser fuerosamente las siguientes:



T, habido cuenta de que recogidos a la perfección con el resalto, entendidos sin más complicación que la asignación más allá podía ser:

Creo, aunque no me haga usted mucho caso, que se trata de una historia que comenzó ahí, al lado.

Motes para Versaciones de un chupaplumas

Mote nº uno ¹

Aviso:

Para componer bien el mote es necesario bajar hasta la palabra indicada y, desde ahí, **regresar aquí y seguir la dirección de las flechas**. Si se procediese de otro modo se compondría un mote, sí, pero no éste que lleva el número **Uno**.

Que para eso lo resalto en verde, bien chillón para que se vea.



Versaciones de un chupaplumas

Introducción

Le dije que exageraba. Que yo nunca... Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos sin verlos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué delicatadas y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad. Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto. — Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene. — «Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o beneficio el recordarla como fueron? — «¿Cómo fueron? — Lo sabes perfectamente. — Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento al instante, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos. Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hondo, él por hecho que asentí y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiendo que había supuesto igual que yo que no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo nos limitaríamos a cruzar algunas frases hechas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y a seguir cada cual nuestro camino — me salté el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso. — Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú mismo podrías recordar un cenicero lleno de colillas y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos y que nuestra conversación fue bastante más larga. Omitti asimismo el contarle que, al cabo de un rato recibiendo empujones de los que caminando con prismas y paraguas abiertos profirían improprios o algún seco perdón dedicándonos miradas hostiles, ahí estábamos: sentados a una mesa de un Coffee & Shop y departiendo, con perfecta naturalidad, como cuando éramos amigos

Baje usted hasta "te dije, le dije". Pinche ahí y siga, como su dios particular le dé a entender. Venga, no se me desanime que usted puede

Versaciones de un chupaplumas

"Te dije", le dije

Y te conté también — proseguí, "pero de qué servirá que yo abunde en detalles si tú estás del todo decidido a en modo alguno recorda"; añadí en tono quejumbroso — cómo aquella misma noche, terriblemente amateado pero con una ilusión indescriptible, pase manos a la obra de leer cuidadosamente el manuscrito para, a la mañana siguiente, descansado y con la mente despejada, estar en posesión de toda mi poca o mucha capacidad de discernimiento para, allí, en la beatífica paz de mi despacho y sin nada que me pudiera distraer excepto el subir y bajar de algo parecido a un gigantesco sacacochos [que accionaba con enorme destreza un operario desde la cabina de una de esas sofisticadas máquinas que se utilizan en la construcción] que producía un sonido acompañado y monótono al otro lado de la ventana, saber separar el grano de la paja, lo esencial de lo accesorio, lo ocasional de lo impercedero, lo trascendente de lo efímero, lo... — Ya — "tú, contante", le dije. — "Ya", sí, yo — admitió —; dije "ya" pero no un "ya" tan cortante como el que tú describes ni en el tono despectivo o conculgado en que tú te campeaste en percibirlo interpretándolo como de desprecio por mi parte o como si estuviera yo queriendo dar a entender que no estaba diciendo la verdad... — Ya — yo, quitándole la palabra temeroso de que, como antes, me quisiera liar — ¿Debía entender por... Formulé sin poder precisar — no ya ahora recordando sino entonces, sobre la marcha y en el lugar de los hechos — si la pregunta le estaba dirigida a sí o a mí mismo en una especie de soliloquio que nunca pretendí ser semejara, ni aun de lejos, al de Segismundo o al de Hamlet. — Que lo mismo resultaba una mendocina sin utilidad alguna; pero como todavía ignoras cuáles han a ser mi género o mi estilo me pareció bueno reservarme [la máquina y el hombre] para el caso de que fuera a dar con mis huesos en la novela realista, en la que creo que se emplean mucho este tipo de complementos.

Como luego explicase el señor Ramirez

[1]

por señas y con muy buen criterio aunque con una traducción desastrosa porque la abuela — cabría precisar si bien, y aun a riesgo de inducir a error a que llegare alguna vez a tener conocimiento de estos hechos, no va el insignificante portaveces representado en la humilde persona de este mero amanuense a deviarle del camino trazado por el verdadero escritor que encomendado mostrar de qué modo, tan en apariencia inocente, se hace posible el transmitir una realidad si no abiertamente tergiversada si francamente desvirtuada —, ignorante tal vez de la importancia tan grande que estaba teniendo el que se comprendiese con claridad meridiana una idea tan compleja como la que expresaban las manos del abuelo, se campó en que la hiciera el niño pequeño para que se fuera soltando y se equivocó, el muy cabrón, cincuenta veces por lo menos que, luego, una vez pasado todo a limpio y tomado en consideración que el exagerar es abrir de par en par las puertas a la aprensión del receptor de que lo referenciado no sea en absoluto cierto, quedaron reducidas a no más de media docena para evitar que el lector (cuando lo hubiera) cayese en el escepticismo y cesase decepcionado el libro.

¹ aquí y ahora a sus congéneres y en un "luego" quién sabe cuán remoto a las generaciones venideras.

² en más ocasiones de las que sería de desear a veces y en infinitamente menos de las que pudiera apetecer otras tantas si no fuese porque la prudencia, advirtiéndome siempre en guardia de que la ambición desmedida no es buena consejera, invita a nostrar los excesos.

Versaciones de un chupaplumas

¡Oyes chapuz!

— ¿Chapuz? — Porque me he armado de valor y le he enseñado, por fin, y un poco más optimista gracias a los ájimos que el señor Ramirez me ha infundido, mis pequeños progresos. — Pero si es la verdad! — Y nos enzarzamos en una discusión tal vez aclaradora plantándonos qué es la verdad; cuáles son los valores estratégicos o artísticos de la verdad; hasta dónde se puede llegar cogiéndome tales o cuales verdades... No logramos llegar a un acuerdo¹ y nos disponimos a separarnos, un poco cabalajes. — Ya hemos terminado el último sorbo de las comunicaciones y estamos recogiendo las pocas cosas que hemos puesto hoy sobre la mesa. — El dice entonces: "¡Joder, no tengas tanta prisa! Anda, tómate otra". — Y bebemos en silencio sin que suceda nada, sin que ninguno de los dos encontremos la palabra mágica que logre romper el hielo hasta que, transcurridas un par de horas², se acerca la camarera y me dice que lo siento, pero que es hora de cerrar. ¹ Sin que logre yo saber si en nuestras respectivas obtusas — el más argumentado que la verdad es lo más importante en la vida, la esencia y la razón última de todos los actos humanos y el otro, protestando que la verdad es estúpida, y pobre y plana, y que pretendiendo ir siempre con la verdad por delante no existía ninguna posibilidad de libertad al totalizarse en el ser humano ni la fantasía, ni la imaginación, ni ninguna de las capacidades necesarias para cualquier manifestación del arte, y que lo único que se conseguía sería el dando disgustos a diestro y siniestro y a todo el mundo porque la verdad duele — estamos siendo del todo sinceros, absolutamente veraces el uno y el otro o sí, por el contrario, estamos defendiendo atezadamente posiciones irreconciliables que a saber si no estamos ensobriándonos, en uno, una lastimosa incompetencia a la hora de crear una situación nueva y distinta que no se haya dicho ya, o en el otro, una completa incapacidad de saber enfrentarse la vida, tirar para adelante, si no es a base de angustias y patrañas y mentiras.

² Que a lo mejor es mucho, pero yo qué sé.

Versaciones de un chupaplumas

Si acorta, por cierto

[1]

y de un humor horrible — me sentí inclinado a imaginar a la vista de cómo entraba por la puerta sin besar a los niños, ni decir buenas tardes, y dando a un portazo con los cabellos chorreantes y gruñendo "¡poco de lluvia!" —, a reconocer a la estancia que debería serle tan familiar como la palma de su mano o como el par de adorables querubines a los que miró con extrañeza preguntado, dejándose caer sobre una silla, "¿y estos niños quiénes son?" para añadir, sin aguardar respuesta, que qué vida tan apretada le había tocado vivir, y que si no había en aquella casa un poco de café, y "¡qué harta estoy!" y, a mí, que ya me podía ir largando porque detestaba, aborrecía, le daba cien patadas los tipos como yo... Ah... Y que eso de el par de adorables querubines — "entérase cantaban algunas cursi del carajo", gritó — y una mierda... "¡Pero, hombre, por favor!". — Y que qué se habría creído este imbécil; es decir: yo.

Que habría sido una forma no menos áirosa que cualquier otra de terminar pero yo, que siempre he sido un imbécil — en eso ella tenía toda la razón de este mundo¹ aunque en otras muchas cosas pudiera estar equivocada o por lo menos no poco confusa por culpa,

¹ ... y no hubiera sido — cometí la ingenuidad de confiarle este pequeño avance a mi amigo —, por tanto y en justicia, ninguna tontería el decirle; pero a mí se me metió entre ceja y ceja — conté sinceramente — que no, que no me daba la gana darle la razón en algo tan obvio e innabitable por mucho juego que me hiciera... ¿Le parece que hice mal? — aunque como me miró, no respondió pero me di cuenta de que me miraba como me miró a la coronilla cuando lo del rifle y temi que se pusiera de pie y me terminara diciendo como entonces, así como me miró, miró, miró, "¡de parece que hice mal!" y "¡pedazo de memo!" entre fuertes, oyo por [en decir "oyé"], me más seguía y no si por el mundo tan a pecho descubierta antes, puesto que aún estaba a tiempo, de pasarlo a limpio.

Fin del mote nº Uno

¹ Para verificar qué es un mote consultar [aquí](#).

3. m. Frase o tema inicial de un pasatiempo literario cortesano del Siglo de Oro, que servía de pie forzado para sucesivas composiciones.